

Siete breveridades

Agustín Monsreal

Con un largo y fértil andar por los caminos de la ficción breve, Agustín Monsreal ha dignificado los atributos de la ironía, el absurdo y el humor en la exploración de un universo de temas relacionados con los encuentros y desencuentros del amor, el deseo, la memoria y la identidad, como lo demuestran estas siete "brevedades bárbaras".

EN PELIGRO DE NOSTALGIA

Escogía una de las mesas del fondo, donde había mejor luz, se sentaba, me pedía un café y un vaso de agua, sacaba su libro y se ponía a leer. Rara vez despegaba los ojos del libro, y cuando lo hacía se quedaba con la mirada perdida quién sabe dónde.

Una tarde, cuando ya tenía poco más de un año de verlo todas las tardes, le pregunté:

—¿Qué lee?

—Cuentos —me dijo—. Me gustan los cuentos.

No era mi enamorado ni nada de eso. Yo tengo a mi marido y mis hijos. Hay clientes que te molestan con sus pesadeces, sus insinuaciones, sus groserías. Él no, nunca, en lo absoluto. Y no es que fuera yo una cosa para él, como si no existiera. Al contrario, siempre se mostraba muy señor, muy respetuoso, dándome mi lugar de gente. Y eso pues se agradece. Dejaba una propina que equivalía a lo de dos tazas de café. Pero en un de repente, ya sabes cómo aquí la cambian a una de un lado a otro sin ningún aviso, me cambiaron y ni tiempo de decirle adiós ni nada parecido. A ratos, en mis ratos de aburrición, pensaba yo si seguiría yendo allá. Y ahí tienes que una tarde que llega, me ve, busca una mesa y se sienta.

Cuando me le acerqué, me dijo, como contento:

—La encontré.

—Qué bueno —dije yo.

Nos quedamos hechos unos tontos.

—Tengo una frente muy grande —le dije, sin saber por qué le decía eso.

Él miró mi frente y dijo:

—Sí —fue todo lo que dijo.

Yo creo que se lo dije porque de veras me dio gusto verlo, y que me dijera La encontré, todavía más. Y él sólo ha de haber dicho Sí porque lo agarré desprevenido y el pobre sólo supo decir eso: Sí.

Y después me pidió un café y un vaso de agua, sacó su libro y se puso a leer, como siempre.

EN ALGÚN LUGAR DE LA NOCHE

Justo a la mitad del sueño (pero cómo sé que es justo a la mitad, cómo lo deduzco, por qué no a la cuarta parte o a la penúltima o al mero principio o ya casi llegando a su término lo que querría decir que el sueño apenas alcanzó a cobrar forma o que ya había transcurrido en lo esencial y por lo tanto lo único que faltaba era la conclu-

sión y esto en caso de que los sueños concluyan porque habría que tener en cuenta que su desarrollo es distinto al desarrollo de la vigilia y que lo que consideramos desenlace puede ser solamente un intervalo, acaso una zona intermedia, y además conocer si el estado del sueño es muy profundo, y qué tan intenso es, y si es apacible o más bien tormentoso, próximo al horror de la pesadilla, si perturba al espíritu o lo relaja, si en su territorio estamos solos o acompañados, si soñamos en blanco y negro o a todo color, si somos protagonistas de la historia que cuenta el sueño y nos miramos en él o sólo sabemos que somos nosotros pero envueltos en una apariencia desconocida y quizás estamos cometiendo un sacrilegio, gozando algún pecado mortal y bailando a pierna suelta, creyendo que el sueño está muy bien ar-

la cerradura por el que espías la costilla sellada de Adán que no es el hombre idóneo sino el treceavo en la existencia de una hermosa jirafa que te besa dulcemente en la boca y murmura buenas noches en las primeras páginas del sueño que lees en donde no hay medidas ni tampoco límites, en donde con todas sus letras asegura que el sueño no es sólido ni líquido y sí por lo contrario es dedos volátiles y uñas sonrientes como pétalos que no se pueden acariciar ni se pueden poner a hervir pero en su interior son posibles todas las metamorfosis y todas las telarañas del tiempo, de la eternidad, porque para que te lo sepas el sueño es el gran aliento, el huevo de la serpiente, el ombligo genuino, el espejo que mueve al mundo, fenómeno incapaz de explicarse a sí mismo, y en eso el ruidero de una locomotora que silba sobre las olas rojas



Karen Hollingsworth, sin título

ticulado cuando en verdad no tiene ni pies ni cabeza y no lo entiende ni el mismísimo Dios Padre porque qué tiene que ver una crucifixión en un vagón del metro donde una pianista de once años se limpia la nariz con el velo azul de su traje de novia y nada tiene relación con todo y todo con la nada de la rueda de la fortuna que acuchilla al sueño justo por el medio, pero cómo saber si es el medio o si estamos en los tobillos o en las espaldas o en el pescuezo o en las orejas del sueño y hay una cruz ahí arrumbada y una lágrima seca en el ojo gris de

deja truncado el espectáculo circense donde un trape-cista enano observa con pupilas de espanto porque el río está a punto de desbordarse encima de un hipopótamo con hipo) me despertaron unas urgentísimas ganas de orinar, y tuve que levantarme. Sin encender la luz, fui al baño, desagüé rápidamente, regresé a la cama y me arrebujé otra vez a la entrada del sueño, pero por más esfuerzo que le hice ya no pude volver a dormirme, y el recuerdo del sueño se me fue esfumando hasta que sólo quedó algo parecido a una nostalgia.

Los recuerdos engañan con sus silencios, con sus ocurrencias y sus disparates te dan aviso de algunas cosas, se asoman como si te quisieran comunicar algo, te hablan al oído, o salen con su ruidero y a la hora de la hora no te dejan escuchar nada, huyen, se esconden, a veces engordan tanto que ya no pueden salir por la puerta, se vuelven pesados como pianos de cola o delgaditos como lagartijas chiquitas o como pico de colibrí, salen con creencias tontas, se dejan engañar por algún olor o alguna palabra y asoman para lucirse a la luz del día sin importarles su cara sucia, ellos qué, no tienen la culpa de nada, se ponen a caminar tan quitados de la pena igual que lluvia que cae de una regadera, aparecen semejantes a murmullos, o con gritos y manoteos de niños que no pueden darse a entender, o que quieren llamar la atención porque se sienten rechazados, abandonados, sienten



Karen Hollingsworth, *Un mundo aparte*

que la memoria quiere hacerlos menos, o que se avergüenza de ellos, o que no los toma en cuenta, los consideran poquita cosa, de piel antigua, aparecen redondos, completos, crujientes, o lisiados, descabezados, amputados de alguna de sus mejores partes, provocados por un crepúsculo, el aroma de una panadería, el gusto inapreciable de una comida, frutos de duelo o de placer se convierten en un recreo peligroso, llegan a enfermarte, a crearte adicción, a fijarse al grado de que prefieres en una de esas mejor eliminarlos, matarlos de un solo tajo a todos, recuerdos fugaces, llamitas de vela, ensoñaciones felices, se van para lugares extraños, se cansan, se gastan, y a veces de tan luidos ya no son lo que fueron, y hay otros que conservan intacta su dignidad, y los

aburridos de tanto dar la cara, y los que no son convocados, y los que son como de paso, recuerdos inútiles, y los que se cultivan amorosamente, y los indeseados que se desprenden a trozos como costras, los recuerdos que se encubren entre los demás recuerdos, los que lo arrastran a uno a sitios lejanos y viejos tiempos, los que vienen enjorobados de culpas y vergüenzas y remordimientos, los inesperados, y los reveladores, y los que no quiere uno ver ni en pintura porque los pecados bajo su sombra adquieren otro sentido, y son tan de carne y hueso, son una sorpresa lenta, viva, casi palpable, saltan enfurecidos por la tortura de haber estado tantos años encerrados bajo muchísimas llaves, sin que se les permitiera tomar la palabra, y aquellos que no coinciden con los de la demás gente, aunque hayamos vivido lo mismo, agua dentro del agua, limpias miradas de agua los recuerdos te observan, te dicen que los recuerdos también tienen sus preferencias, y piensan por su cuenta, o se distraen, o nos hablan en voz alta, o resultan una dicha engañosa, recuerdos que asoman con dificultad como aceite espeso por el cogote de un embudo estrecho, o hazte de cuenta un caballo al que le molesta el freno, o con malicia cariñosa los recuerdos que me habitan salen, a veces, cazadores furtivos, sin permiso a hacer de las suyas en mi vida, y es entonces cuando comprendo que los recuerdos son una realidad que no me pertenece, que tiene sus propios principios, sus propias reglas, su libre albedrío que Dios les dio y que hasta Dios mismo les tiene que respetar.

SERPIENTE VOLADORA

Un día, hurgando en los baúles de la nostalgia familiar, Amado Templario descubrió, no sin una íntima conmoción, que entre sus antepasados había sacerdotes, políticos, médicos, banqueros, comerciantes, piratas, arquitectos, científicos y artistas, algunos de los cuales fueron acusados, entre algunos otros cargos, de prácticas tan generosas y nobles como herejía, blasfemia, idolatría, prostitución y sodomía. Gracias a este amplio río de linajes tan versátil, Amado Templario vivió con un pie en el mundo cotidiano y el otro en el universo espiritual, leal a su misión de hacer accesible la luz eterna en la desleída mente contemporánea. En algunos de sus muchos ratos libres y de acuerdo con el carácter multifacético de sus inquietudes y sus energías solares, se dedicó con ahínco y con entereza, con claridad de propósito, al estudio sincero del Árbol de la Vida según las certeras suposiciones de sus maestros Freud y Jung; esto le proporcionó un conocimiento subjetivo avanzado, a más de una sólida abundancia monetaria. Cierta ocasión, parece que a mediados de septiembre, tuvo un formidable acercamiento vital a las ideas de Enoc, el Profeta,

y se aficionó a ellas al grado de pretender imponérselas a Letargia, una novia muy bonita pero un tantito gorduzuela y bastante fiestera que tenía en aquella época. A Letargia, en realidad, el Propósito del Cosmos no le movía un solo pelo, no le elevaba ni le bajaba la temperatura; en cambio, la posibilidad del sobrepeso sí que le quitaba el sueño, por lo que tomó un taller de dos fines de semana de 10 a.m. a 7:30 p.m. con un intervalo de seis horas para meditar y comer verduras cocidas y beber un litro y medio de agua de clorofila, acerca de cómo conocer, valorar, entrenarse y especializarse en Sicoterapia Corporal Interactiva. La cautivó tanto esta experiencia que siguió tomando talleres intensivos (de Bioenergética aplicada, de Tratamientos faciales integrativos, de Mesoterapia, de Auriculoterapia, de Masaje con lociones reductivas y con piedras calientes, de Manipulación ósea, de Autogenia, de Alquimia reflexológica, y muchos más) hasta que por fin, un día, dejó de interesarle la obesidad y empujó su insaciable ambición a preocuparse por el estreñimiento; a Dios gracias, para entonces Amado Templario ya andaba muy atareado en no confiar en nadie en virtud de que se había convertido en un gran pillo vendedor de ábacos y a ninguno de los dos le importó mayor cosa mandarse al diablo, o sea, separar para siempre y sin grandes rencores ni demandas alimenticias ni nada de eso sus energías vitales, aurales y siderales: tú eres tú y yo soy yo, así que adiós y buena suerte. ¡Vaya comedia! Con el paso de los días pero sobre todo de las noches, llegó el olvido y Amado Templario conoció y fornicó a Diestra y Siniestra, dos hermosas siamesas de apellido González a las que dedicó los mejores tres meses de su vida, según confesión que él mismo hizo a la enfermera de la Cruz Roja Internacional que le enyesó la pierna que se rompió una tarde al bajarse de su columpio preferido en el Parque España. Las tres nobles damas, esto es, las hermanas Diestra y Siniestra González y la muy sensata enfermera de la Cruz Roja Internacional, le doblaban la edad, lo que fue un timbre postal de orgullo para él y para su apostura varonil, la cual cuando murió dejó mucho que desear por lo que se convirtió, el pobre, en un cadáver sin sentido, incapaz de darle voz al misterio, a la locura, a la alegría.

LEJOS DEL HOGAR O LA FALSIFICACIÓN O EL ESTAFADOR

Infeliz Ulises, lo esperé más de veinte años de noches en doliente duermevela, de mañanas desiertas, sin oasis, de crepúsculos de retraída fidelidad. Por eso, en cuanto supe que regresaba, pensé dejar de lado la modestia conyugal y entregarme sin freno a las opulencias amoratorias: imaginé un encuentro frenético, insensato, tempestuoso. Así que cuando llegó me puse ante sus ojos:

resplandeciente, combativa, enardecida, incapaz de disimular mi júbilo: mírame, soy tuya. Pero no lo conmovió la audacia de mi vestido, la delicadeza de mi perfume, el resplandor de mis adornos y joyas. Me arrojé en sus brazos y lo besé toda yo transformada en una cuenca ansiosa de vaciarse. Respondió con titubeos, con evasi-



Karen Hollingsworth, *Sarah desde la montaña*

vas, con secas sonrisas forzadas. Falto de disposición, de energía, desalentadoramente fatigado y precario, prefirió las palabras a las caricias: qué guapa estás, y qué bien que te conservas, tan lozana, tan bella. Me he conservado para ti, le expresé. Él sonrió penosamente y me esquivó preguntando cómo está todo, la casa, los muchachos, musitando vengo rendido, muy cansado, tantas fatigas en el mar, tantas batallas. Reprimí una imprevista necesidad de llorar y, en vez de sentirme humillada, me llené de ternura y compasión por él. Pasaron los días y yo ofreciéndole la fiebre de mi desnudez, y él rehusaba, repetía qué guapa, qué lozana, qué bella, pero no respondía a mis insinuaciones ni a mis acometidas francas. Mi obstinación resultaba contraproducente: lo fastidiaba y lo ponía de mal humor: en su mirada hacia mí había despecho, hurañez, hostilidad: parecía como si el corazón se le hubiese endurecido y trajera en su interior una epidemia de tristeza, de soledad. Un impedimento absoluto que no lo dejaba reconocer en mis brazos su refugio, el consuelo para sus agobios. Me sentí responsable de su desesperación y redoblé los esfuerzos, los mimos, los cuidados. Mi sola presencia, sin embargo, le provocaba un suplicio que desalentaba cada vez más mi entusiasmo, reducía mis ensueños, defraudaba mis esperanzas. Y yo, herida, atormentándome en silencio con oscuras sospechas, examinaba los contornos

de mi cuerpo frente al espejo buscando los motivos del rechazo, de la decepción. Y, aunque su desagrado me ofendía, opté por hacerme la desentendida, dándole oportunidad de recuperarse y recuperarme. Él se pasaba las tardes enteras dirigiendo sus pupilas al cielo con nostalgia, con honda melancolía. Inexperta en el re-

infierno de mi propio resentimiento, en la duda inagotable, en la incertidumbre perpetua: ah, en qué fallé, Dios mío, en qué fallé.

DE LAS BUENAS COSTUMBRES

I



Karen Hollingsworth, *Sueños olvidados*

chazo, me volví más humilde, más sumisa, más alerta a las señales para conocer cómo derribar las murallas entre su piel y mi piel, cómo terminar con las horas de oprobio que desquiciaban mi orgullo, y lo herrumbaban. Acabé experimentando una sincera lástima por él, tan destemplado, tan abatido, tan sombrío. Un día, no sé si con rabia o con resignación, fingí dignidad y le dije que lo dejaba en paz. Él, entonces, me confesó: fueron muchos años de vivir entre varones, la soledad en los barcos, las noches de frío en las playas, los terrores antes de cada combate, y yo sin poderlo creer, mi Ulises, mi hombre, ahora me salía con que ya no lo era, que su timón había virado de rumbo, que sí me amaba aunque su apetencia estaba en otra parte, y mencionó un nombre, y acabó yéndose otra vez, con él, le puso un terrible punto final a mis ilusiones, me soltó de sus manos y me quedé sola de nuevo, hundida en la vergüenza, humillada, expuesta a las murmuraciones, a la maledicencia, y lo peor: culpándome, martirizándome en el

El sol apenas tibiecito asoma su curiosidad por la ventana. Tu cara sonrío por toda tu cara. El aroma del café me llama. En un descuido, mientras preparas el desayuno, te dejo caer la humedumbre pàrvula de unos besos en los hombros, en el cuello, en los labios. Conforme corre el día, siento un barullo en tu sangre y en mi sangre. Y como quien se aventura por las puertas de un milagro, te espío por encima de la blusa, por debajo de la falda. Tu mirada recoge y guarda las intenciones de mi mirada. El juego se repite y mis labios se recuestan ora en las descuidadas palmas de las manos, ora en los brazos que se erizan y tu voz amorosa murmura mira cómo me pusiste chinita chinita. Y otra vez mis labios saborean la pulpa de tus labios, sazonan lo que habrá de frutecer dentro de unas horas. Salimos a comer. Caminamos un rato, platicamos, disimulamos lo que nuestros cuerpos traman. Regresamos. Cada quien se dedica a lo suyo, leemos, trabajamos, hablamos por teléfono. El cielo del atardecer adormece los párpados, y entonces una sonrisa desde el sillón de enfrente los pone en alerta y ahí están los muy adolescentes yéndose junto con mis dedos a recorrer la geografía de tu cintura, a deslizarse traviesos por uno de tus empeines, demorándose en tus rodillas, enracimándose sobre tus muslos que se inocencian igual que si asomaran al misterio por primera vez. Así se prolonga la jubilosa espera, aunque los corazones ya están locos de alegría, ya hierven de amor. Con el vino nocturno, tus labios ceden a la voluntad del beso y a partir de él inicio el adúlcedumbrado recorrido de caricias al entusiasmo de tus pechos, la disposición de tus caderas, el fervor de tu santuario; las pulsaciones de mi ave hinchándome, encumbrándome en ráfagas de locura, hasta que nuestros cuerpos se encuentran por fin con el alma desnuda y estallamos de luz y de alegría y celebramos la mayoría de edad de la alta noche.

II

Despierto y veo a mi mujer salir de la cama, ponerse la bata, las zapatillas; veo sus piernas desnudas, macizas, hermosas; experimento una leve irradiación de deseo; a lo largo de la mañana, mientras estoy en la sala, leyendo, observando de cuando en cuando los acontecimientos del jardín —el follaje de los árboles mecido por el vien-

to, los pájaros revoloteando entre las ramas y las flores, picoteando el pasto, las ardillas y las lagartijas corretear y saltar a sus anchas—, mi mujer pasa varias veces delante de mí limpiando, acomodando objetos: la contempló, ora franca, ora disimuladamente: ha embarcado, ahora es una mujer regordeta, un tanto espesa, pero no cabe duda: todavía atractiva, apetecible; el empuje del deseo vuelve a punzarme, acompañado de una especie de ternura; en varias ocasiones me levanto, con cualquier pretexto (o sin él), detengo su trajinar y la beso, morosamente, en los labios, en las orejas, en la nuca, en los hombros; ella, resplandeciente de cariño, responde a mi enjundia con una leve sonrisa complacida que intensifica mi vehemencia; después de la comida, mientras lava los trastes, le junto mi cuerpo a su espalda, siento cómo se estremece, palpo sus pechos, su vientre, aprieto su cintura, recorro su cuello con mi boca, lo humedezco; ella entrecierra los ojos y sonríe, sencilla, mesurada; por la tarde nos sentamos en la sala, tomamos café, vemos el jardín, platicamos; como al descuido, alguna de mis manos frota sus muslos sobre la falda; en cualquier momento, nos abrazamos y nos besamos profundamente; hundo la cara, y oprimó el tibio encanto de sus senos; volvemos a besarnos, luego se levanta y se mete al baño; yo, en tanto, camino de un lado al otro, enamorado e impaciente; cuando sale, apacible y fresca, trae puesto un camisón ligero, un olor a vainilla, los cabellos aún húmedos; mi tacto comprueba la ausencia de ropa interior; percibo cómo los vellitos de su piel se engríen con el roce de mis dedos, con la apetencia de mi carne que procura su carne; de pie nos besamos ávidamente y nos demoramos en un abrazo cadencioso que nos va empujando a la recámara; el deseo, el aroma a vainilla, la desnudez minuciosa, el amor que ya no puede más, y luego los cuerpos fatigados, suspirantes, complacidos; nos volvemos a vestir, cenamos viendo una película en televisión, nos preparamos para dormir, nos acostamos; nuestras caras se ponen frente a frente, sus ojos en mis ojos, mi sonrisa en su sonrisa, te quiero, yo también te quiero mucho, hasta mañana, que descanses, que tengas lindos sueños, apago la luz y sintiendo su cuerpo pegadito a mi cuerpo, me duermo.

TELÓN DE INCERTIDUMBRE

¿Cuál habrá de ser mi última palabra antes de exhalar el último suspiro, o junto con él? ¿Alcanzaré a decir una última palabra antes de cerrar mis ojos para siempre? ¿Estaré en condiciones de decirla? ¿A quién se la diré? ¿O la diré sólo para mí, para escucharla solamente yo? ¿A quien se la diga será una persona significativa, un ser querido, por decirlo del modo más fácil, o será alguien que esté ahí por casualidad, una enfermera, un sacer-

dote, un curioso que pasaba por ahí? ¿O alcanzaré nada más a pensarla? ¿Será una duda, una petición, un reclamo? ¿La diré—o la pensaré—feliz, agradecido, sonriente, o será una palabra que destile resentimiento, amargura, ganas de provocar un último daño? ¿O será que no diga nada porque ya no tenga nada que decir, lo que sería fatal? ¿Qué palabra me gustaría que fuese la palabra que marque mi salida de este planeta, esa palabra que habrá de ser mi despedida, mi adiós, mi pasaporte para el silencio definitivo, mi carta de naturalización para la eternidad? ¿Cómo me gustaría decirla, en un grito, en un susurro, consciente de lo que digo, o sin premeditarla, sin elegirla? ¿Estará plena de amor y de compasión y de sentido? ¿Sabré que esa es mi última palabra? ¿Cómo haré para saberlo? ¿Saldrá libre de mi boca, o apretaré los dientes y los labios para tratar de impedir que salga? ¿Mi última palabra me pondrá a prueba por última vez? ¿Habrá de ser la revelación de un deseo profundamente callado, de una tentación no admitida, de un secreto que ya no tiene por qué serlo más? ¿Sentiré miedo, o pudor, o una íntima zozobra de decirla? ¿La diré para no errar, o para quedar bien? ¿Podría decirla—o mejor, dictarla—unas horas o cuando menos unos momentos antes del final? ¿Será una palabra aventurera, o una palabra de paso, o una palabra de refriega, o una palabra sin chiste, verdaderamente sin ton ni son, una palabra tan anodina que la gente se pregunte y para qué la dijo, qué desperdicio de última palabra, qué pérdida de tiempo, de aliento, de esfuerzo, porque hay que fijarse en lo que uno dice cuando dice la palabra con que se desata de la vida, y esa palabra que yo diré cumplirá con el requisito, estará a la altura de lo que se espera de ella, cubrirá las expectativas? ¿Y esa última palabra me conducirá al cielo o me condenará al infierno, hablará de mis penitencias o de mi redención? ¿La diré en mi habitación propia, en un cuarto de hospital, en algún pedazo de calle? ¿Sucederá de mañana, al atardecer, de noche? ¿La improvisaré o ya la habré traído dándome vueltas y más vueltas en la cabeza desde semanas atrás, lo que tal vez a los ojos de los conocedores será una especie de fraude moral, una puñalada por la espalda a la espontaneidad pues no podrá considerarse en sentido estricto una última palabra, o si acaso se tratará de una última palabra postergada? ¿Y si se dirigiese a consolar el corazón de alguien, a pedirle perdón a alguien, a declararle a alguien que no me arrepiento de nada, ni de mis amores, ni de mis bufonadas, ni de mis sueños que nunca aprendieron a volar bajo ni a cruzarse de brazos ni a permanecer con los pies quietos? ¿Será linda o fea como pecado mortal? ¿Habré de empeñar mi alma por acuñar mi última palabra? ¿Llegará un día en que haya una segunda, una tercera o hasta una séptima edición de mi última palabra porque se trate de la mejor última palabra que se haya dicho jamás? **U**